

INCIDENTES

DE UNA

617

ESCUADRA EXTRANJERA

EN

COLOMBIA

—

1898



©Academia Colombiana de Historia.

BOGOTÁ

Imprenta de LA LUZ—Calle 14, número 57

1901

INCIDENTES

DE UNA

ESCUADRA EXTRANJERA

EN

COLOMBIA

—

1898

617

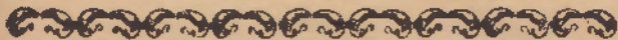


BOGOTÁ:

Imprenta de LA LUZ—Calle 14, número 37

1901

©Academia Colombiana de Historia.



En el año de 1898, como recordará el lector, una escuadra extranjera ocupó en actitud amenazante algunos puntos del litoral colombiano, sobre ambos mares. Los grandes incidentes de tal acontecimiento fueron conocidos del público, más no así los pequeños y variados, tales como los que en mi calidad de Jefe del puerto de Cartagena hubé de presenciar, y que me permito relatar para desvanecer las censuras que inmerecidamente algunos de mis conciudadanos han hecho á mi conducta, tachándola de débil por la facilidad con que la escuadra penetró al puerto de mi mando.

--

El día 15 de Julio del citado año de 1898, á las 7 a. m., me anunció por teléfono el vigía de la popa la aparición de cuatro buques de guerra que de alta mar se dirigían al puerto; le ordené que no abandonara la observación, y me comunicara por minutos y minuciosamente lo que ocurriera.

ra. Luego envié un práctico para cada buque (es la costumbre), pues sin ellos es difícil penetrar y recorrer la bahía, los cuales fueron rechazados por los Comandantes de los mismos. Inmediatamente di cuenta al señor Gobernador del Departamento, de lo ocurrido.

Una hora después de mi encargo al vigía, éste me avisó que la escuadra penetraba por Bocachica, y que una de sus naves se había barado á cien metros de distancia de los castillos de San José y San Fernando, dentro de la bahía, novedad que así mismo comuniqué al señor Gobernador, quien inmediatamente se trasladó á mi oficina, y convinimos en que yo me dirigiese á Bocachica é instruyera por nota al empleado de mi dependencia allí, que se acercara y ofreciera al Comandante del buque barado, y de mi orden como Jefe del puerto y de consiguiente de la bahía, los auxilios dentro de la órbita de mis facultades, para ponerlo á flote. El Comandante de dicho vapor, que era el *Carlo Alberto* (sólo en ese momento supe que la escuadra era italiana), recibió muy bien la comisión, enviándome con el oficial las gracias, significándome, además, sus deseos de que si yo no tenía inconveniente, pasara á bordo, lo que ejecuté en el acto, siendo acogido atentamente por el dicho Comandante, que al cruzar nuestras tarjetas, supe era el

CONTE C. CANDIANI D' OLIVOLA

CONTR' AMMIRAGLIO

Comandante la Divisione Navale Oceanica. (sic).

Le manifesté mis deseos de servirlo, (mi tarjeta era oficial), respecto al buque encallado; me repitió sus agradecimientos, agregando que á la alta marea se pondría á flote. Entrámos en conversación sobre el motivo de su viaje, y me dijo que á su paso para México deseaba visitar la plaza de Cartagena. En vista de esto, hube de preguntarle si necesitaba prácticos para conducir las naves, y contestó que dos, los cuales pasaron luego á bordo. Lo interrogué sobre la distancia á que desearía fondear del muelle de *La Machina*, y me dijo que á la que yo quisiera. Le insinué quinientos metros, y aceptó.

En fin, creí firmemente que este caballero y su flota eran amigos de mi patria, y no tuve inconveniente en aceptar una copa de champaña que con la más exquisita galantería me ofreció, acompañándome á libar. Luego entregó el rol de tripulación, armamento y tonelaje de la escuadra, que por el momento la componían cuatro buques, á saber: el *Carlo Alberto*, que era el almirante, con 7,000 toneladas de capacidad, 42 cañones y 540 hombres; el *Bauson*, con 3,500 toneladas,

23 cañones y 315 hombres; el *Calabria*, con 2,500 toneladas, 29 cañones y 249 hombres; y por último el *Umbria*, con 2,400 toneladas, 31 cañones y 283 hombres.

Resumen: 15,400 toneladas, 125 cañones y 1,387 hombres.

Ya para retirarme, y con la mayor indiferencia, me preguntó el Almirante por las facilidades en las vías de comunicación con el interior; le informé de las vías férreas existentes y de las diversas Compañías de vapores que surcaban el Magdalena poniéndonos en comunicación breve con la capital. Le indiqué además la existencia del telégrafo, con lo cual, y después de estrecharnos la mano cordialmente, regresé á Cartagena á toda máquina del remolcador á mi servicio, llevando la nueva de que la escuadra sólo deseaba visitar la ciudad, pues como me lo había manifestado el Almirante, iba de paso para México.

(Esta conferencia fué presenciada por el señor General Ignacio Foliaco, Jefe Militar de la plaza de Cartagena, quien particularmente me acompañó al acto. Además, véase *El Porvenir* de Cartagena, número 1,350, del citado mes, en donde el señor Gobernador del Departamento de Bolívar, en circular número 76, entre otras cosas dice:

«Que en la mañana de hoy, y sabiendo que uno de

los buques mencionados se había barado cerca del castillo de Bocachica, comunicó instrucciones al Jefe del Resguardo señor Coronel Lizarazu, para que siguiera al dicho castillo y participara al empleado de su dependencia estacionado allí, que llegara al vapor de guerra y le ofreciera un práctico y los auxilios que en la esfera de lo posible pudieran prestársele; que el señor Almirante se mostró agradecido y manifestó el deseo de que el dicho Jefe del Resguardo pasara á bordo, lo que hizo en seguida; que después de algunas preguntas cruzadas sobre el estado sanitario de la población y de los buques, trabaron cordial conversación, concluyendo por expresar el citado Comandante de la flota que venía de Venezuela con rumbo á México; y que antes de zarpar saltaría á la ciudad con el fin de presentar saludo á la primera autoridad.»

El día 17 fondearon los barcos en los puntos que había ordenado á los prácticos, y tuvimos el placer de escuchar el *Himno* colombiano tocado por las bandas de música de á bordo de la escuadra al izar por la mañana á las 8 la bandera italiana; lo mismo al arriarla por las tardes.

En las primeras horas del día 18, y en atención al deseo que me habían manifestado algunas personas de conocer el interior de los buques acorazados de la Armada, dirigí una esquila al señor Conde-Almirante preguntándole si ello sería per-

mitido, la que me fué contestada inmediatamente, y que copio traducida, por hallarse escrita en italiano. Dice así:

“ Cartagena, 18 de Julio de 1898.

Número 219.

Tengo el honor de manifestar á Usía que me será muy grato consentir que los ciudadanos de Cartagena puedan visitar las naves de mi escuadra todos los días desde las tres hasta las cinco de la tarde. Si además Usía tiene ocasión de encaminar hacia esta Real Nave algunas personas de distinción, sírvase darme de ello aviso preventivo, á fin de que yo pueda disponer el envío de una lancha al muelle para acompañarlas á bordo.

Confío en que en sus visitas á mis naves los ciudadanos de Cartagena adquirirán la convicción de la simpatía de Italia hacia los colombianos.

El Contra-Almirante, Comandante de la División,

C. CANDIANI.»

Al señor Jefe del Resguardo.—Comandancia del Puerto.—
Cartagena.

En la tarde de este día hizo el Almirante la visita oficial al señor Gobernador y al Jefe Militar de la plaza, habiendo enviado previamente á mi oficina á un elevado empleado de á bordo, á corresponder en su nombre la que le hice en Boca-chica, la cual no recibí personalmente por hallar-

me en ese momento fuera del despacho. Creo que este caballero era el «Conde Biscaretti di Ruffia, Tenente de Vascello Aiutante di Bandiera e Segretario del Comandante la Divisione Oceanica.»

El Jefe de la escuadra fué recibido correctamente por aquellos dos elevados empleados. El 19 pasaron á bordo del *Carlo Alberto* los dichos señores Gobernador y Jefe Militar á corresponder á la visita del Almirante. Los buques de la escuadra empavesaron su palo mayor con el iris colombiano, y sus cañones dispararon de minuto en minuto hasta veintiún tiros, durante la visita. Por la noche saltó á tierra de una de sus naves una banda de música á festejar en el parque de Bolívar la víspera del gran día de Colombia, y se escucharon confundidos los gritos de ¡viva Colombia! ¡Viva Italia! ¡Vivan los próceres! etc., etc., es decir, que reinaba entre italianos y colombianos la mayor armonía. La oficialidad de la escuadra presenciaba la función en el *Club Cartagena*, que está situado en el mismo parque de Bolívar, y allí fueron exquisitamente atendidos por señoras y caballeros de la ciudad.

El 20 concurrió el Almirante con el cuerpo de Jefes y Oficiales de la Armada, con grande uniforme, al solemne *Tedeum* que ofició el señor Obispo de Cartagena, en cuyo templo—la Cate-

dral—se encontraba lo más florido de la sociedad de Cartagena y lugares vecinos. Terminado el *Te-deum*, el señor Gobernador invitó á nuestros huéspedes al dicho Club, y allí tomaron una copa de champaña. El Conde-Almirante, al apurar la copa, *brindó* por las buenas relaciones entre Colombia é Italia, y regresaron á sus naves. Luego, á las 3 p. m., volvieron á la ciudad el mismo Almirante con el cuerpo de Jefes y Oficiales á presenciar un desfile de la fuerza de guarnición. Por la noche de igual manera saltaron á tierra, trayendo consigo una banda de música, que al empezar y concluir cualquier acto en que ella interviniera, comenzaba con el himno colombiano y con él terminaba. La banda cartagenera correspondió la atención en la misma forma, con el himno italiano. Con la música de ambas bandas, colombiana é italiana, que tocaban la retreta en el parque, los Oficiales de la escuadra bailaron algunas piezas con señoras de la localidad en el mismo Club.

Hasta aquí todo ha marchado bien: de día y de noche visitaban nuestros amigos la ciudad y sus alrededores, siendo muy bien acogidos, hasta el extremo de que en la plaza de mercado los vendedores de artículos de consumo se esforzaban por dejar complacidos á los extranjeros, prefirién-

dolos á los paisanos, y nadie del lugar se molestaba por ello, antes bien, por el contrario, se sacrificaban los gustos de tal ó cual artículo á trueque de que lo llevaran los señores extranjeros, dando con ello muestras nada equívocas de atención, cultura y simpatía.

El 22 comienza el cambio de decoración: se hace la reclamación, que había sido sospechada. Se procura el secreto, que no pasa del alto Gobierno seccional y del que esto relata. Así las cosas, entre agridulce, como suele decirse, hasta el día 11 de Agosto siguiente, en que el pueblo se apercibió de un modo preciso del motivo de la presencia de la escuadra en el puerto y del engaño.

Desde el día 22 arriba indicado, los buques enviaban por la noche á la ciudad sus poderosos fanales de luz eléctrica para conocer escrupulosamente si estaban artilladas nuestras murallas, etc., y también comenzó el sondeo de la bahía y el «alto! quién vive?» gritado, también de noche, á las pequeñas embarcaciones que navegaban cerca de los vapores de guerra, lo que sucedió hasta el día 11 de Agosto, que sigo relatando. A eso de las 12 m., el pueblo reunido (más de 2,000 personas), se dirigió á la plaza del Libertador y allí coronó con laurel la estatua del Padre de la Patria, y la cubrió con el pabellon colombiano.

¡¡ Ha llegado el día terrible!! El *ultimatum*.

El *meeting* llama á voz en cuello al señor Gobernador, el cual, dirigiéndose al público que lo aclama, en discurso patriótico le aconseja la moderación, etc. De ahí se marcha el *meeting* en excursión por las principales calles de la ciudad, llevando á la cabeza el oriflama nacional desplegado á cuatro vientos, precedido de las bandas de música, que unísonas tocaban el himno de la República.

A las 2 y media p. m. llegaron á mi despacho en solicitud de una lancha los señores Pedro Adán Brioschi, dignísimo Obispo de Cartagena; D. Rafael Madrigal, Cónsul de los Estados Unidos; D. J. T. Ford, Superintendente general del Ferrocarril de Cartagena, y D. Juan Mainero y Truco, Vicecónsul italiano. La lancha fué puesta inmediatamente á la orden de estos señores con su respectiva dotación de servicio, llevando en la popa enlazadas las banderas colombiana y americana, ésta por habérmelo pedido así el señor Madrigal, y partieron á bordo del *Carlo Alberto* á conferenciar con el Almirante, de lo que nada resultó en beneficio de la tranquilidad pública, pues estaba decidido el *ultimatum*. Debo hacer constar, por ser de justicia, que la conducta del señor Cónsul americano durante la emergencia, fué de

lo más grata y simpática, pues movía toda clase de resortes diplomáticos á fin de conseguir el resultado menos ultrajante para Colombia.

A las 4 p. m. tiene lugar un suceso que manifiesta de un modo palpable las intenciones hostiles de la escuadra. De uno de los buques se desprende una lancha movida por dos remos, y se dirige á la esquina del mercado público (edificio en construcción) situado al frente de mi oficina,—la comandancia del puerto,—á una cuadra mar de por medio, y á tres más ó menos por tierra, y allí, cuando el *meeting* se halla en su mayor refervescencia, deja en tierra tres individuos casi mendigos, y regresa la lancha al buque de donde había partido. Este suceso atrajo las miradas del público indignado, y yo, en previsión de un acontecimiento siniestro, envié al momento al señalado sitio cuatro empleados de mi dependencia, quienes me trajeron á los tres citados, que resultaron ser italianos (calabreses). Como el *meeting* rodeara mi oficina en averiguación del incidente, y en actitud poco pacífica, juzgué prudente impedirle el acceso al Despacho, mientras el intérprete público, señor Amaranto Jaspe, me traducía los pasaportes expedidos á favor de los tales por orden del Rey Humberto como emigrantes trabajadores, lo que así expliqué al público, agregando estas palabras :

«estos individuos, señores, nos son sagrados, y no se les debe tocar ni siquiera un pelo de sus cabezas,» porque tanto el General Santiago Brum, Jefe de la policía, que en tales momentos se hallaba en mi escritorio, como yo, comprendimos que tal suceso envolvía premeditados fines, que el lector apreciará. En consecuencia, detuve á los expresados *trabajadores* dentro del Despacho en vía de seguridad hasta las 6½ p. m., hora en la cual se retiró el público á otros sitios, y los remití bajo el amparo de un oficial de policía á la casa de un zapatero, también italiano, establecido en la población, con orden expresa de que por el momento no salieran fuera, lo que exactamente se cumplió.

El *meeting* duró hasta las cuatro de la mañana del día 12, hora en que sus miembros se retiraron á sus casas, no á dormir, como era natural, sino á armarse para morir combatiendo en defensa de la Patria, pues el pueblo en lo que menos pensó fué en abandonar la ciudad. En la mañana de ese día se supieron los preliminares del arreglo, con lo que volvió la calma, y todo el mundo tornó á sus quehaceres. El 18 la escuadra principió á desfilar, siendo notorio que en tal día llegó á Bocachica el crucero *Piamonte*, perteneciente á la escuadra, y guardó la entrada de la bahía.

Creo de rigor hacer constar que, según mi leal

saber y entender, el señor Gobernador trató el asunto cuerdamente, y que las autoridades locales en lo general obraron con acierto y patriotismo, siendo de notarse entre los empleados de mi dependencia, la correcta conducta de mi primer Ayudante, señor Coronel D. Leoncio Hernández B. Desde el 22 de Julio fueron muy poco cordiales las relaciones entre el Gobernador señor Eduardo B. Gerlein y el Jefe de la escuadra, pues desde tal fecha se limitaron á las comunicaciones oficiales, y yo también suspendí desde el mismo día las licencias á los particulares para visitar los buques.

Suplicando al lector se sirva excusar el lenguaje incorrecto del presente informe, y que sólo tenga en cuenta la exactitud de los hechos relatados, concluyo con la siguiente anécdota, ó cosa parecida, que tuvo lugar el día 9 de Agosto. Un joven costeño, cuyo nombre he olvidado, les vendía carne á los de la escuadra, y para el efecto, llevaba las reses muertas á bordo de los buques. Un comandante ú oficial le preguntó si estaban muy preparados, y si tenían muchos cañones en Cartagena; y el aludido contestó: «No tenemos cañones ni nada que se les parezca, pero en cambio cada colombiano es un Menelik.»

Este informe le fué oportunamente remitido á

un elevado personaje público en Septiembre de 1898, envío del cual se hace mención en el *Diario Oficial* número 10,931, de 29 de Marzo de 1899.

D. BENJAMÍN LIZARAZU C.

Bogotá, Octubre de 1901.

NOTA.—Los documentos á que se ha hecho referencia en esta relación pueden verse originales en la oficina del señor Melitón Ortiz (calle 10, número 231).

